



## EL TRABAJO MODERNO

### HISTORIA DE LAS EXPOSICIONES

#### I

#### Antiguas tentativas

No hay un momento en el curso del desarrollo de la actividad humana en nuestros días en que no esté abierto algún gran certamen público, nacional ó internacional, que dé solemne testimonio de los progresos que sin cesar realiza el trabajo moderno. Las Exposiciones ya no son una moda; son una necesidad exigida por la cultura, por las aspiraciones y por los intereses sociales de nuestros tiempos. Tienen, como todas las manifestaciones de la actividad, sus adversarios más ó menos tenaces; pero á pesar de cuanto se diga en contra de ellas, el instinto de la conveniencia surge después poderoso, se impone, y los pueblos satisfacen sin obstáculo alguno, con entusiasmo, la imperiosa necesidad de hacer público alarde de su suficiencia y de comparar los resultados de ésta con las obras de otros pueblos distintos. En estas luchas del trabajo resulta al fin establecida la confraternidad de cuantos en

unas y otras naciones trabajan, y se inician, arraigan y desenvuelven las relaciones intelectuales y morales de los individuos, que de otro modo jamás se hubieran conocido. A que tomen parte en esas batallas pacíficas se invita á los industriales, artistas y comerciantes de todos los pueblos, y no hay uno solo entre los que pasan por civilizados que no corresponda á la atención de los demás, no sólo enviando sus productos á tales certámenes, sino celebrando ellos mismos otros semejantes, siempre con el aditamento de algún progreso propio, que envuelva un alarde de superioridad, ó por lo menos de formal competencia.

Y así se multiplican las Exposiciones, lo mismo en las grandes capitales que en las modestas de provincia; así en las poblaciones del Viejo Mundo, como en los improvisados grandes pueblos de Australia, del Japón y de ambas Américas.

El instinto de exhibición de lo bueno, de lo útil, de lo nuevo y de lo maravilloso es muy antiguo en las sociedades humanas. Dos siglos antes de la Era cristiana, Ptolomeo Philometor presentó en Egipto, según el *Deipnosophistos* de Ateneo, una admirable Exposición de muebles preciosos, de magníficas obras de cerámica y de espléndidos tejidos, telas y labores que dejaron imperecedera fama de la habilidad y maestría de los artistas de aquel tiempo.

En pleno siglo XV hizose un ensayo de Exposición en Londres, á donde, por orden de Luis XI de Francia, concurrieron á estudiar dos ricos comerciantes de Tours con variados productos, «para que los habitantes de Inglaterra se convencieran de que los franceses podían fabricar géneros tan superiores como los de las demás naciones.»

Venecia, con sus instalaciones públicas de mercería, hechas bajo la protección de los Dux, constituyó durante largos años verdaderas exhibiciones comparadas de los mejores trabajos que se elaboraban en Oriente y Occidente. Estos alardes, así como los que las pasadas generaciones admiraron en las afamadas ferias de Brujas, Amberes, Medina del Campo, Leipzig, Troyes, Francfort y Nijni-Novgorod, no tenían el carácter de las Exposiciones modernas; pero su fin era el mismo: el estímulo, la competencia y la notoriedad, como base del negocio, como fundamento de la venta y, por consiguiente, como garantía del sostenimiento del trabajo.

La primera Exposición organizada especialmente como tal, fué la que algunos artistas instalaron en París en 1648 para cuadros y escul-

turas; idea que fué tan bien planteada y acogida, que se perpetuó entre los obreros del arte, y que fué teniendo imitadores fuera de Francia, pero no limitándose sólo á la pintura y á la escultura, sino acomodándose á la naturaleza de los trabajos de cada región. Así, por ejemplo, la Exposición industrial de Praga de 1791 fué tan notable, que sirvió de acicate y de pauta á las que después se abrieron en muchas ciudades de Europa.

En 9 de Fructidor del año 6 de la República francesa (26 de Agosto de 1798) se ordenó por el Directorio que se celebrara la primera Exposición de los productos de la industria francesa; «espectáculo y hecho importantísimo que enseñaría á Francia los medios de vencer á sus enemigos»: dice el decreto, y cuyo curioso certamen se abrió en el Campo de Marte, construyéndose un «pequeño Palacio Real», una galería de 78 arcos para las instalaciones y el Templo de la Industria. Se inauguró el 19 de Septiembre de 1798, y entre las curiosidades presentadas figuraron los modelos de las nuevas pesas y medidas republicanas, que habían de aceptarse por todo el mundo durante el siglo XIX, y un ingenioso mecanismo horario astronómico, que indicaría día por día, «hasta el año XXVIII de la República», las posiciones respectivas de los planetas. La República no llegó al año XXVIII, y probablemente el Rey Luis XVIII, al llegar el año de 1820, ni sabría que tal aparato había existido, ni tampoco por dónde andaban los planetas. Concurrieron á esta Exposición 110 industriales, y entre ellos algunos que más tarde adquirieron fama tan universal como Breguet, por sus relojes; Didot, por su tipografía, y Conté, por sus lápices. No hubo medallas ni diplomas, sino que se publicaron los nombres de los expositores de más mérito, «como acreedores de la estimación y reconocimiento del pueblo.»

## II

### Exposiciones nacionales

El certamen de 1798 sirvió de punto de partida para celebrar en Francia otros con toda la regularidad que podían permitir las azarasas circunstancias por que atravesaba la nación. El primer Cónsul, Bonaparte, convocó en 4 de Marzo de 1801 una Exposición nacional en el Louvre, á la que concurrieron 229 expositores de 38 departamentos.

Detalle curioso: ¡ni pintores ni escultores presentaron sus obras, porque tenían á menos el mezclarse con los industriales! Formaron parte del Jurado hombres tan afamados como Berthollet, Montgolfier, Prony y Bosc, y se otorgaron medallas de oro, de plata y de bronce. El primer premio se concedió á Lievin Bauwens, de Gante, por haber introducido en Francia los procedimientos mecánicos del hilado de algodón y creado las grandes fábricas de Passy. Después se celebraron las Exposiciones de 1806, 1809, 1823, 1827, 1834, 1839, 1844 y 1849, cada vez con mayor concurrencia y más satisfactorios resultados. La última, en que también figuró la agricultura, contó con 4532 expositores, y en ella fueron premiados 3738. Su extraordinario éxito difundió por toda Europa la afición á los certámenes nacionales, regionales y especiales. En 1803 había celebrado Gante una provincial; en 1820, otra; en 1824 se abrió la de Tournai, y en 1830 y 1835 las de Bruselas.

### III

#### Exposiciones universales

Mientras en Francia se discutía hácia los años de 1846 á 49 la idea presentada por la prensa de celebrar una Exposición internacional, los ingleses realizaron ese propósito. En Enero de 1850, hechos los estudios necesarios, ordenó la Reina Victoria que se procediera á convocar el gran concurso. Presidió los trabajos el Principe Alberto, instalándose la Exposición en el Crystal Palace, que se construyó en Hyde Park y que ocupó un espacio de 73.150 metros cuadrados. Concurrieron más de 17.000 expositores de todos los pueblos civilizados; produjeron los ingresos 12.700.000 pesetas, y realizó la empresa una ganancia de 5.300.000. Ante tal resultado, cundió la emulación y bien pronto se abrieron otras internacionales en Dublin, Nueva York, y Munich. París celebró la universal de industria y agricultura en 1855, y la especial de Bellas Artes en el mismo año. En aquella ocasión se construyó el Palacio de la Industria, que ocupó con sus anejos un espacio de 168.000 metros cuadrados, concurriendo 23.954 expositores y 5.160.000 visitantes. Costó la Exposición 11.500.000 francos, y los ingresos sólo llegaron á 3.200.000.

En 1862 se celebró la de Sout-Kensington, en Londres, con 20.000

pesetas de ganancia; en 1867, la de París, con un beneficio de francos 2.816.000; en 1873, la de Viena, con un déficit de 48.000.000 de pesetas; en 1876, la de Filadelfia, que dejó bastantes ganancias; en 1878, la de París, con pérdida de 37.704.765 francos; en 1879, la de Sidney; en 1880, la de Melbourne; en 1883, la de Amsterdam; en 1885, la de Nueva Orleans; en 1888, la de Glasgow, y en el mismo año la de Barcelona, que produjo un déficit de 8.763.000 pesetas; en 1883, la de Minería, de Madrid; en 1889, la gran Exposición universal del Centenario de la revolución, en París, famosa por la construcción de la torre Eiffel, en cuyo certamen se vendieron 32.500.000 entradas, obteniéndose un superavit de 10 millones de francos. Abriéronse después, entre otras, la de 1891 en Moscou; la de Chicago en 1893, en la que expusieron 365.000 productos distintos, que valían pesetas 1.000.500.000, vendiéndose 2.500.000 entradas, que produjeron 60 millones de pesetas, y en la que se dió el caso de que hubo un día en que concurrieron á la Exposición 800.000 personas. Celebráronse la nacional de Budapest en 1896, y en el año 1897 se abrieron las de Bruselas, Brasil, Guatemala y Suecia, quedando en preparación la de Amsterdam, para 1898, la de Adelaida, para 1899, y la de París para el 5 de Mayo de 1900. Esta colosal Exposición será, según dice el documento oficial de su convocatoria, «el resumen del final del siglo que ha realizado los más titánicos esfuerzos científicos y económicos; será la portada de una nueva era, cuya grandeza anuncian los sabios y los filósofos, y cuya realidad dejará atrás, sin duda alguna, á todo cuanto hoy podemos imaginar.»

Todo esto es posible que se realice, menos la armonía de los intereses del trabajo, porque la lucha de la producción es tanto más grande cuantas más facilidades hay para obtener ésta. Después del grande éxito obtenido por la Exposición del *Crystal Palace* en 1851, se dijo con gran entusiasmo: «Lo que se deduce de éste admirable certamen tiene una transcendencia extraordinaria. Nos ha enseñado que no existen arcanos industriales; que los procedimientos de fabricación progresan al unísono en todas partes, y que en todas partes también la potencia y energía de las máquinas tiende á sustituir á la fuerza humana; que el precio reducido de las primeras materias constituye una enorme ventaja; que la libertad de comercio y cambio de tanta variedad de productos traerá para las naciones beneficios incalculables, para que se active la producción, para que la emulación

favorezca el progreso y para que se sostenga y arraigue la tendencia á la nivelación de los precios en todos los mercados del universo.»

¡Quién había de decir que á pesar de tales pronósticos, cuarenta años después, sería tan encarnizada como es hoy la lucha de la producción; se establecerían barreras casi prohibitivas en muchas naciones, y vendrían períodos de carestía industrial casi tan grande como la de entonces para muchos artículos!

El progreso ha sido asombroso en lo material; pero la lucha de los intereses particulares y las necesidades y exigencias han crecido también de un modo no esperado. ¡Bien haya, pues, el siglo XX, si á los grandes adelantos materiales que realizará, logra añadir el progreso económico y la paz social!

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

---

## ECHEZAR, ETA BERTAKO AZAROKO EGUN BAT



### I

Echezar iñoiz ez da dirutzen echea,  
Dirutzetan badago ondo bizitzea;  
Baña, nik Echezarren pozezko kabia  
Daukat, an naizelako jayo ta azia.

Neretzat Echezar det onena arkitzen,  
Zergatikan enauten berriak poztutzen;  
Anche zalako jayo, ta ill nere aita,  
Bere aita ta aren aita ere baita.

Echezar argatik det nere goitizena,  
Mundu onetan au zat onragarriena;  
Naizelako euskaldun uts eta garbia,  
Asaba Tubalgandik zuzen etorria.

Echezar mendi batek dauka malkarrean,  
Ichasoa du bistan osgarbi danean;  
Añ da leku alaia, ain da egokia,